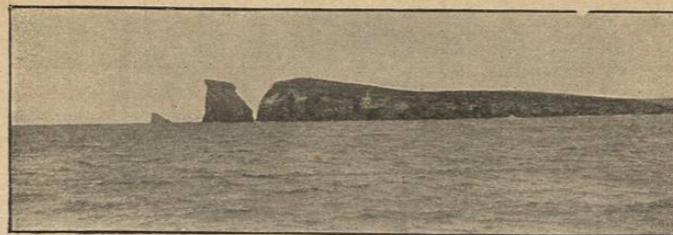


lógica más remota de la isla de Falkland, es de especial importancia, porque el conocimiento concienzudo de la formación de esta capa arenisca es necesario para discutir las relaciones geológicas de estas islas con la tierra firme sudamericana.



Vista de Port-Stephens.

CAPITULO II

Varadero de Rosamond

EL viaje del «Fair Rosamond» duró algún tiempo. El «Antártico» debía arribar de un día á otro á Port-Stanley. Era necesario llegar á tiempo á la bahía de Fox, á fin de embarcar con la goleta correo «Estrella» que hacia el día 25 debía salir de allí para Port-Stanley. Hubiera podido en un par de días de jornada á caballo llegar allí desde Port-Stephens, donde nos encontrábamos, pero me convenía continuar á bordo del «Rosamond» unos días más para estudiar detenidamente la geología antártica de Falkland Occidental.

Desde Río Chasters, donde debía tocar la goleta, la distancia á través de la isla hasta la bahía de Fox era bastante corta. Pero un suceso inesperado hizo estériles todas mis disposiciones sobre este asunto.

Estuvimos anclados en Port-Stephens el día 18 cerca de un *settlement* (colonia), situado en el ángulo noroeste de la bahía y de una extensión de más de una milla.

La noche estaba completamente tranquila; el cielo ligeramente nublado, y á la débil luz de la luna estuvimos

el viejo Willis y yo conversando un rato sobre cubierta antes de irnos á dormir. A las dos de la mañana me desperté al oír que el capitán salía sobre cubierta; la goleta se balanceaba de un modo muy brusco é inusitado, teniendo en cuenta que nos encontrábamos en una bahía completamente abrigada contra los golpes de mar; á través de las planchas del buque escuchaba cerca de mi cabeza el ruido de las olas y el silbido del viento; oí el golpeteo de un pesado cable contra algún objeto; sobre la cubierta sentí pasos rápidos y voces de mando. Después de un rato, bajó otra vez el capitán.

«¿How is it, captain?» (¿cómo va eso, capitán?). «Bien, doctor; está soplando una verdadera borrasca de sudeste, pero ya he echado la segunda ancla y espero que todo irá bien».

Esto me parecía tranquilizador. Me volví contra la pared y me dormí en seguida; pero á las cinco y media fuí otra vez despertado por un golpe seco que hizo temblar todo el buque.

A cada ola que venía repetíase el mismo ruido corto y brusco que hacía retemblar el camarote. No había duda sobre lo que acababa de ocurrir: á pesar de las anclas, la goleta había sido arrastrada á tierra y golpeaba entre las piedras de la orilla.

El capitán había subido calladamente otra vez sobre cubierta y yo también me determiné á vestirme y salir para enterarme de lo que pasaba.

Reinaba aún bastante obscuridad cuando llegué sobre cubierta. Creía haber presenciado fuertes tempestades tanto en el Mar Glacial del Norte como en la costa occidental de Suecia, pero en comparación con la que descargaba en aquel momento no eran nada las anteriores.

Las olas furiosas se levantaban sobre el agitado mar, saltando impetuosamente sobre la borda hasta dentro del barco. El mar había subido bastante y el oleaje bañaba la parte superior de los muelles de la colonia; trozos de madera y pedazos de algas eran lanzados tierra adentro.

El «Fair Rosamond» estaba en mala postura con su popa metida entre los grandes bloques de la orilla. Cada ola la levantaba á flote y al retirarse el buque chocaba contra las rocas. El timón recibió los peores golpes, crujía, daba chasquidos y su rueda volteaba velozmente á derecha é izquierda.

Aparecían pedazos de la quilla sobre el agua después de aquellos rudos golpes.

El bote del buque era arrastrado en todos sentidos al pie de la escala. Un marinero saltó dentro de él para salvar los remos y otros efectos, y poco después de volver á bordo, rompió un fuerte golpe de mar la cuerda que sujetaba el bote. Lo vimos desde el buque aparecer una ó dos veces sobre las olas, fué levantado por una abultada y espumosa mole de agua y arrojado luego sobre una roca de la orilla; poco después flotaban pedazos de tablas y cuadernas rotas sobre el agua.

La goleta crujía cada vez más bajo los fuertes golpes de mar. De cuando en cuando se inclinaba fuertemente, unas veces hacia la costa y otras á estribor hacia la bahía; siendo en este caso más desagradable nuestra situación, porque el agua entraba libremente sobre la cubierta.

Me pareció inminente que el buque, cuando el agua descendiese algo con la marea baja, sería volcado por un fuerte golpe de mar y veríamos nuestra situación comprometida. Comunicé mi temor al capitán, que hizo

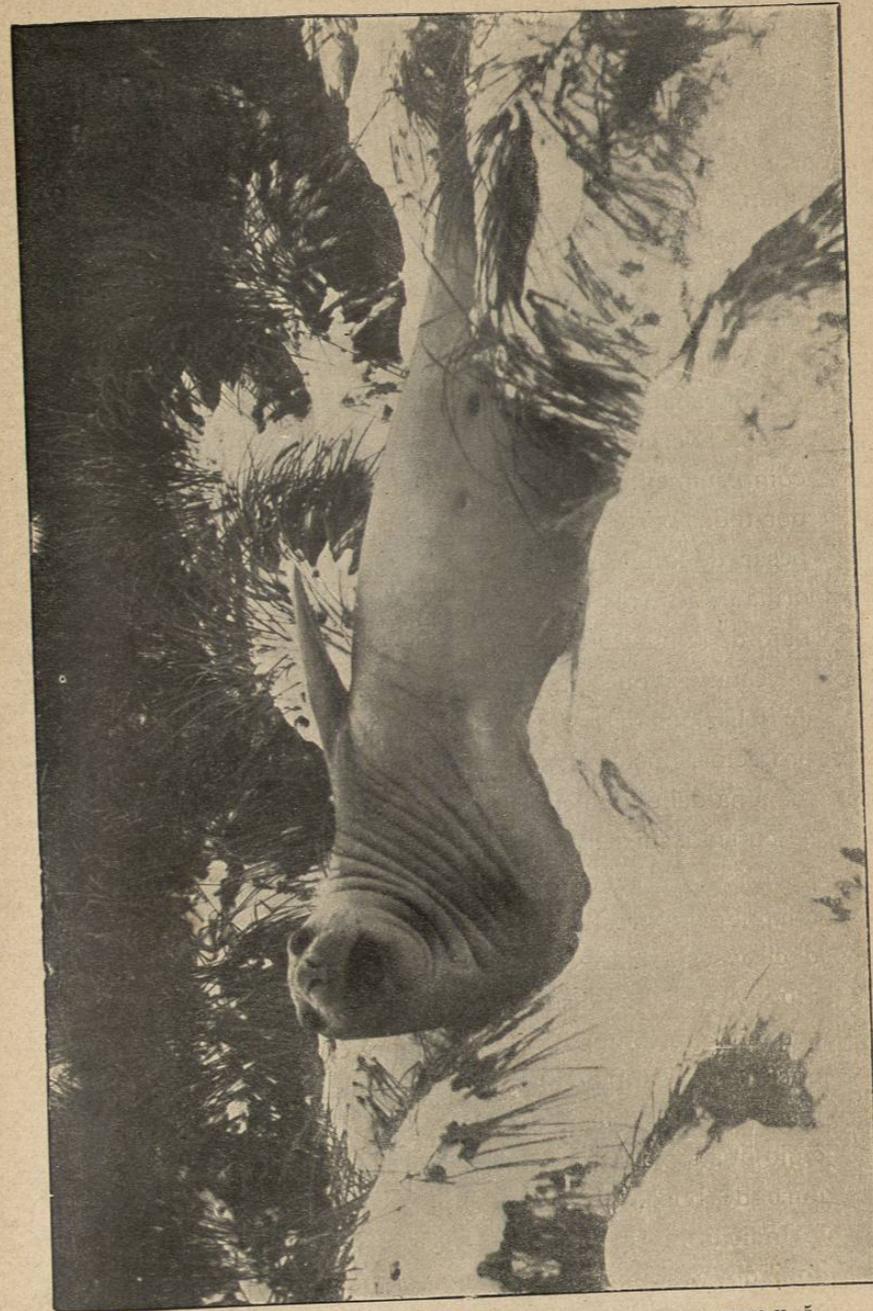
tender cuanto pudo por la tripulación la cadena del ancla de babor y agujerear los barriles de agua que se hallaban á estribor, para evitar que el buque se inclinase de aquel lado. Al llegar el día, el jefe de la colonia, mister Hennak, bajó á la orilla y se dispuso á prestarnos auxilio. Pudimos lanzar á tierra un cable, y atándolo al palo mayor, después que lo hubo sujetado mister Hennak á una roca de la orilla, se pudo evitar el peligro de un vuelco hacia el lado opuesto y conseguimos un medio de comunicación con la tierra.

Como el viento no daba señales de disminuir y la estancia á bordo se hacía cada vez más penosa, me decidí á trasladarme á tierra por el cable.

Me llevé los diarios, los frascos con los insectos y un par de cajas con clichés fotográficos. Después de haberme abrochado bien el gabán que contenía estos tesoros, me agarré al cable para ir á tierra. Pero éste, fabricado con fibras elásticas, se aflojó bajo mi peso, de modo que tan pronto estaba dentro como fuera del agua. Un golpe de mar se me llevó la gorra y llegué, por fin, á tierra en una situación bastante deplorable. Afortunadamente, el chubasquero había protegido admirablemente los clichés y los diarios contra el agua.

En la colonia me recibieron del modo más cariñoso, me dieron inmediatamente ropa seca y me sirvieron un buen almuerzo.

El cambio era notable y radical. Hacía poco me encontraba en la semiobscuridad del amanecer, mojado y temblando de frío bajo la tempestad y las rociadas salinas, y ahora disfrutaba de un agradable descanso, de calor y de tranquilidad: hallábame en un gabinete familiar, meditando ante el brillante fuego de turba de la



Elefante marino macho 'oven.—Bahía de Cumberland.

abierta chimenea. Todavía silbaba afuera la tempestad, pero los primeros rayos solares penetraban en la habitación, á través de un invernadero lleno de magníficas plantas de adorno, floridas y aromáticas. Me rodeaba el apacible confort de un sencillo y hospitalario hogar; la rubia hija menor de mi huésped, la pequeña Lucía, tocaba en el piano una dulce y agradable melodía.

Al día siguiente había cesado el viento. La goleta se encontraba sobre la costa volcada hacia tierra. Su quilla estaba averiada, hacía mucha agua, y el timón estaba completamente roto. La tempestad había dejado rastro por todas partes. Las olas llegaron hasta el almacén, á pesar de que se encontraba á bastante distancia de la orilla, y á través de las grietas de la tablazón y por debajo de la puerta había penetrado gran cantidad de algas.

Una vez que hube descansado, concebí el proyecto de llegar por tierra hasta la bahía de Fox. Mi huésped y protector, mister Hennak, arregló este asunto. A media mañana del día 20 emprendí la marcha acompañado de su cuñado, mister Dickson, como cicerone. Yo era un jinete poco práctico, pero la señorita Lucía fué bastante amable para prestarme uno de sus caballos, que era muy dócil y seguro. Los campesinos de Falkland tienen un modo especial de dirigir los caballos por medio de una pequeña presión de las riendas sobre el cuello; yo desconocía esto, é intentaba guiar mi cabalgadura á nuestra manera, tirando del freno. Me pareció, pues, en un principio que tenía que vérmelas con un caballo receloso y duro de boca. Sin embargo, comprendí, en cuanto me lo indicaron, que era fácil de guiar, muy manso, bien domado y admirablemente conocedor del terreno que pisaba.

El día era hermosísimo; sólo se veían en el horizonte algunas nubes dispersas. El camino cruzaba frondosos valles al pie de abruptas montañas de piedra arenisca, siguiendo un pequeño acueducto y atravesando sitios pantanosos por vados que únicamente un hábil guía puede encontrar. Salimos muy cerca de la costa occidental; desde las alturas habíamos podido verla hasta muy lejos, perfilada por largas y estrechas bahías y salientes cabos, y cuando arribamos á ella, marchaban nuestros caballos en algunos puntos sobre el alveo en seco de las bahías durante la marea baja.

Llegó la noche y el viento se apaciguó completamente; desde un cielo lejanamente cubierto de nubecillas caía sobre el paisaje el pálido reflejo de la luna, produciendo un efecto de luz admirable y fantástico. El cabrilleo de la luna sobre el mar era soberbio. Sólo se escuchaba el rumor de las olas en la tranquila noche, atractivo y singularmente armonioso en aquel desierto. En la incierta claridad de la noche desaparecían ante mis ojos, poco acostumbrados, todos los pequeños accidentes del terreno: no veía los escarpados declives hasta que el caballo empezaba á bajar por la pendiente; no distinguía las piedras de los vados, sobre las que debíamos pasar los pantanos, ni las márgenes cubiertas de musgo de los riachuelos.

Me era imposible adivinar mi camino sin sendero, pero el caballo lo conocía y caminaba con pie firme.

Por fin, ya tarde, vimos desde la altura de una loma la obscura silueta de una casita situada cerca del mar, en el fondo de una pequeña bahía. Era la vivienda del pastor de Double Creek, donde debíamos pasar la noche.

Lo mismo que la mayoría de las alquerías, en los ca-

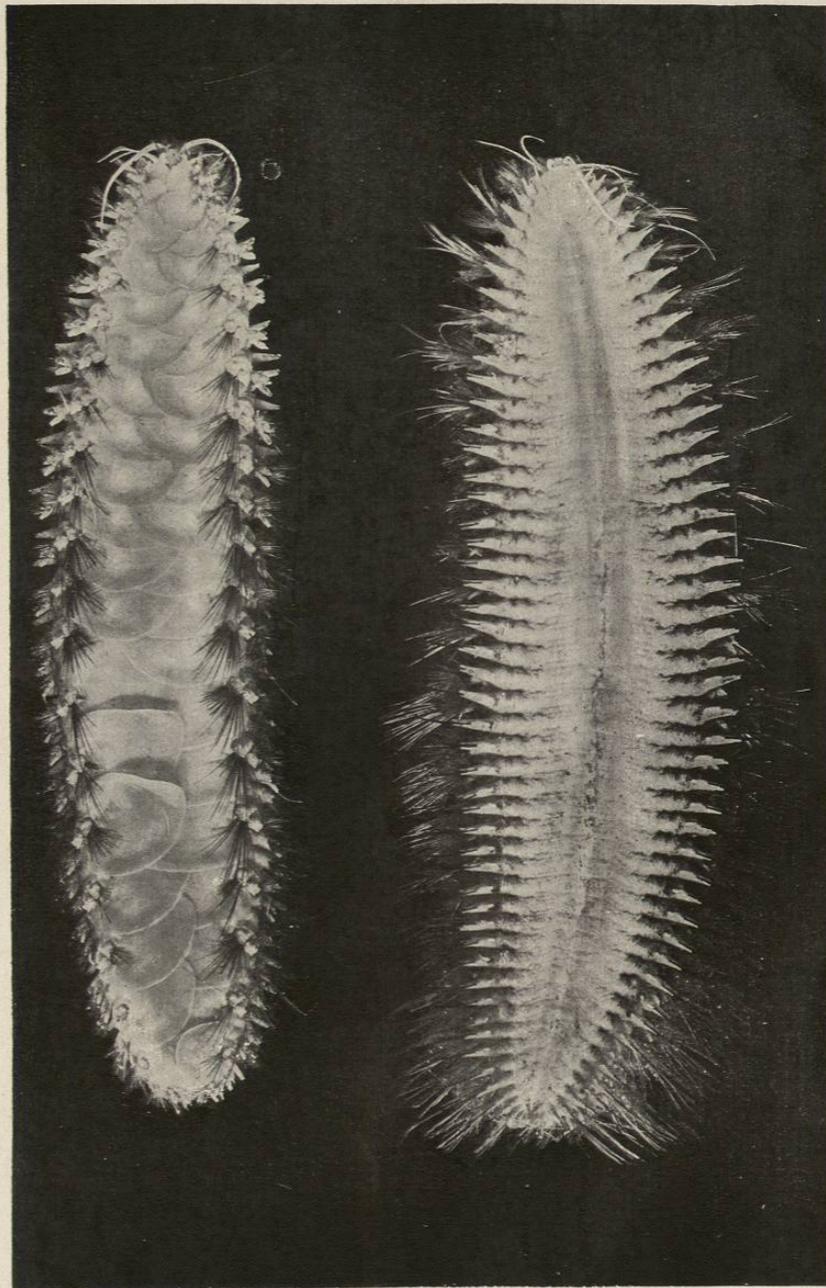
minos muy frecuentados de las grandes colonias, estaba destinada á albergar cazadores, zagales y caminantes. Por eso nuestra llegada llamó poco la atención. Algunos campesinos que habían llegado antes nos hicieron un poco de lugar, de modo que pudimos sentarnos á la mesa; la huésped, que se cuidaba de sus quehaceres en la cocina al lado del hornillo, nos presentó el plato característico del país: carne de carnero con pan y mantequilla en conserva de Dinamarca.

La conversación versó sobre el ganado lanar que habían de reunir el día siguiente para su esquila y lavado; sobre la avería del «Fair Rosamond» y particularmente sobre el extranjero «llegado de muy lejos», que se hallaba de paso para el Polo Sur.

Repartidas en dos habitaciones del sobrado, bajas de techo, había camas para todos.

El día siguiente, después de tomar un refrigerio, continuamos nuestro camino. Hacía también un hermoso tiempo; el sol brillaba sobre aquel país de estepas y el poco viento que hacía soplaba de espaldas, de modo que fué alegre y fácil la jornada.

El único mapa existente de la parte de Falkland Occidental, que consultamos aquel día, carta marítima del Almirantazgo inglés, es bastante inexacto. Desde Port-Edgar, en la costa sudeste, se extiende hacia el interior una bahía angosta que se ensancha notablemente en su extremidad, tomando el nombre de «Lago Hammond». La carta marina indica, con una marcada línea, que esta bahía se extiende cerca de la costa occidental, pero en realidad corta casi transversalmente la isla, de modo que sólo una estrecha lengua de tierra separa la orilla interior del lago Hammond de Port-

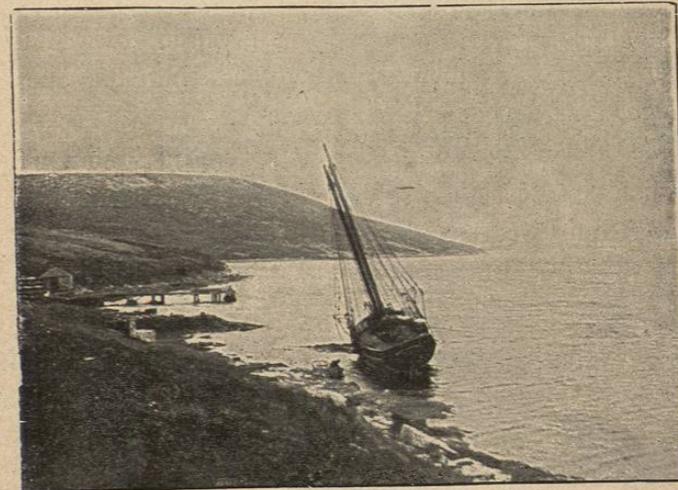


Laetmonice.

Nereida de los bancos de Shag-Rock á 160 metros de profundidad—reducción insignificante.

Richard, en la costa citada. Además, el mapa ni siquiera indica la existencia de uno, ó mejor dicho, dos lagos de varios kilómetros cuadrados de extensión, que son probablemente los mayores de cuantos se encuentran en aquel grupo de islas, y que están situados al nordeste de la bahía de Fox y al sudoeste de la montaña llamada en el mapa de «Sullivan».

Al citar estos errores del mapa, debo hacer constar



El «Fair Rosamond» después de la tempestad.

que no se puede pedir una exacta cartografía del interior del país á una carta de mar.

Por la tarde llegamos á la bahía de Fox, y siguiendo las indicaciones que recibí en Port-Stephens, me fuí en seguida á ver al jefe de policía de Falkland Occidental, mister Hurst. Le dije en pocas palabras que formaba parte de la expedición sudpolar sueca, y viajaba actualmente á lo largo de la costa de Falkland en espera del regreso del «Antártico»; que había naufragado en el